

La Historia de Dios con la Humanidad

Historia de Unidad

Mons. Klaus Hemmerle,

Obispo de Aquisgrán (Alemania)

¿Hay un problema, hay un anhelo, existe UNA experiencia fundamental de nuestro tiempo?

A primera vista parece que se tratara sobre todo de la LIBERTAD. Formas de opresiones y alienaciones, violencias y dependencias dominan la vida. No se quiere aceptar más el hecho de que unos puedan desarrollarse libremente y otros, en cambio, sean obstaculizados. Por todas partes surgen ideologías, teologías y movimientos de liberación.

También otra palabra nos viene a la mente cuando pensamos en nuestro tiempo: la palabra FUTURO. Jamás se pudo programar y calcular tan ampliamente el futuro. Pero al mismo tiempo el MIEDO AL FUTURO, probablemente jamás había sido más grande. ¿Por qué junto a los medios para construir el futuro, aumentan también los medios para destruirlo? ¿Destruiremos mañana todo aquello que hoy estamos creando? ¿O extraeremos las potencialidades de vida de la naturaleza y de la humanidad a través del crecimiento de nuestra técnica? ¿O nos creamos en cambio un paraíso del consumismo que, si bien satisface todos nuestros deseos, sin embargo nos deja el corazón vacío?

Junto a la palabra futuro, se nos presenta una tercera palabra que da un nombre a la fatiga y a las esperanzas de los hombres de hoy: la palabra SENTIDO. Unos se preguntan desanimados qué sentido tiene toda realidad. Otros se refugian en la evasión y buscan en sueños y fantasías este sentido que no encuentran en sus existencias. Otros no esperan encontrar más este sentido y destruyen con violencia todo lo que las generaciones pasadas construyeron. Igualmente no debemos ignorar a aquellos que valientes y llenos de esperanza, buscan el sentido que libera verdaderamente y abre un futuro.

Sin embargo creo que no debemos detenernos en estas tres palabras. En ellas está implícita una cuarta palabra, o mejor, la primera de todas y es: UNIDAD.

¿Por qué libertad y liberación llagan a ser un problema que preocupa? ¿No existían acaso también en el pasado opresiones y esclavitud?. El elemento nuevo de nuestra situación es éste: la humanidad es cada vez más unidad, vivimos con la conciencia del conjunto. Pero si un pueblo, un grupo, una clase, no permite que los demás puedan desarrollarse libremente, si no participan todos en la vida del conjunto, entonces la vida llega a ser insoportable. Sólo si universalmente y en el interior de toda

sociedad encontramos aquella unidad en la que cada uno convive con todos de tal modo que todos puedan desarrollarse, el problema de la libertad se resuelve. Sólo la verdadera unidad garantiza la verdadera libertad.

Y es esta dimensión del desarrollo, es decir la dimensión-humanidad, que hace tan explosivo el problema del futuro. Existe sólo el futuro indivisible de toda la humanidad. El futuro de una parte sola no es futuro verdadero, no es futuro humano. El futuro real existe solamente en aquella unidad que hace vivir a todos juntos, que permite a todos desarrollarse.

La pregunta del SENTIDO (de la vida) por lo tanto, es la pregunta sobre aquello que, desde dentro, mantiene todo unido. En nuestra sociedad, aún con medios de comunicación tan avanzados, muchos se encuentran solos, replegados sobre sí mismos, a muchos les falta el encuentro, el diálogo. Más aún, también un diálogo que sea un simple intercambio de banalidades, no conduce a sentir el sentido de la vida. Debemos encontrar la palabra que nos es común, que nos abre el sentido de todo, y al mismo tiempo nos hace hablar los unos con los otros, nos abre los unos a los otros. Sólo la palabra que crea la verdadera unidad, da sentido a la vida.

Un individualismo que hace de la sociedad solamente la suma de individuos aislados, o un colectivismo que hace desaparecer a la persona en un programa impuesto desde fuera, son los dos extremos que contrastan con aquella unidad que anhela el hombre. La humanidad está en la búsqueda de la verdadera unidad y ésta es, en fin, la característica fundamental de nuestra era. Si una palabra centra el corazón de nuestra época esta palabra es: unidad.

Al mismo tiempo es cierto que no hay ninguna realidad que esté más en el centro, más en la raíz, del testamento de Jesús: "que todos sean uno".

Por eso no es extraño que, como nunca, nazcan en la Iglesia personas, grupos y movimientos que viven para la unidad. Y esto no partiendo de una reflexión sobre las necesidades de la época. Más bien confirmando lo que a menudo ha sucedido en la historia de la Iglesia: personas que desean sólo abrirse a la llamada de Jesús y ponerse en su seguimiento, hacen nacer una nueva forma de vida según el Evangelio que proporciona —sin que esto se pudiese programar o intuir mínimamente antes— orientación para su tiempo, respuesta para los interrogantes de su época. Esto constituye un don para la Iglesia y para la humanidad, que en su camino hacia el tercer milenio está en búsqueda de una nueva comprensión y de una nueva vida de unidad.

A la luz de nuestra situación, por una parte, y de la exigencia de unidad que el Espíritu está suscitando en la Iglesia, resulta para aquéllos que con objetividad miran a la historia de la salvación, esta adquisición: la unidad no es sólo un tema de nuestro tiempo, sino el *tema fundamental de la historia de Dios con el hombre*. Más aún, podemos decir: *la historia de Dios con el hombre es la historia de la unidad*.

A continuación queremos precisamente profundizar esta tesis, siguiendo las líneas fundamentales del Antiguo y del Nuevo Testamento. No querría citar extensamente todos los pasajes de la Escritura que se

refieren al tema de la unidad. Más bien quisiera demostrar, partiendo de algunos puntos centrales, que el mensaje de las Sagradas Escrituras en su conjunto es mensaje de la unidad, que el designio de la creación y la redención es designio de unidad, que la historia de la salvación es historia de la unidad.

1. La Alianza de Dios con Israel: Alianza de Unidad

¿De qué se trata en la historia de Dios con Israel? ¿Dónde está el único centro desde el cual se puede descifrar todo lo que acontece y, por consiguiente, todo el mensaje del Antiguo Testamento? Los versículos 4-6 del capítulo 19 del Libro de Exodo, la palabra de Dios dirigida a Moisés en la cual Dios ofrece su alianza al pueblo, dan la respuesta: "Ya han visto cómo traté a Egipto y cómo los conduje a ustedes sobre alas de águila y los traje hasta mí. Ahora si escucharan mi voz y observaran mi alianza, serán mi propiedad exclusiva entre todos los pueblos, porque toda la tierra me pertenece. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa".

Lo original, aquello que hace sobresalir a la religión y la historia de Israel frente a la historia de los otros pueblos, se puede resumir en cuatro proposiciones:

1a. proposición: Dios ofrece una alianza. Por lo tanto no es sólo Aquél que, como el infinitamente más grande, unas veces se muestra benévolo y otras veces severo, por lo cual la religión sería la tentativa —movida por el temor— de obtener la benevolencia de Dios hacia el hombre. Dios es Aquél que dijo a Moisés su nombre: Yahvé, es decir: Soy Aquél que soy. Y esto significa: soy Aquél que está con ustedes, que los llevará y los acompañará, que siempre se dedica a ustedes.

El don más grande de este Dios es que El "desciende", que está cercano al pueblo, que se dedica a él como un esposo que ama a la esposa. Retorna siempre esta imagen en el anuncio profético de la alianza de Dios con su pueblo. Ciertamente, esta alianza no garantiza automáticamente la felicidad, sino un desafío al hombre para vivir por su parte la felicidad, la gratitud, la donación a Dios. La alianza es una relación recíproca. Es una alianza, es decir unidad, que ha sido instituída por Dios, pero que es también aceptada por el hombre e implica su cooperación.

2a. proposición: La alianza con Dios es alianza con el pueblo, más aún, sólo con ella comienza la existencia de este pueblo. El pueblo de Israel no se puede comprender como un producto de la historia milenaria de los pueblos, sino como un pueblo fundado y constituído inmediatamente por una intervención de Dios. Si Dios no hubiese hecho a Abraham la promesa, y si Abraham no se hubiese adherido con fe, Isaac no hubiera nacido, y no hubiera existido Israel, Jefe de este pueblo, cuyo nombre lleva. Pero la existencia de Israel estaba amenazada, más aún, estaba casi aniquilada bajo la esclavitud egipcia. Y solamente la llamada de Moisés y el éxodo de Egipto hicieron surgir a Israel a una nueva vida; más todavía, es desde entonces que por primera vez adquiere el carácter de un pueblo históricamente independiente. Ya sean los libros históricos

del Antiguo Testamento, o también la literatura profética y su reflejo, por ejemplo en los Salmos hacen ver claramente que Israel o es fiel como pueblo a la alianza de Dios, o no puede sostenerse como pueblo. En nuestro contexto esto es de suma importancia: Dios actúa, y su obra es ésta: reunir hombres, llevarlos a la unidad entre sí, conducirlos a una historia en común con El, el Dios que obra en la historia. Sólo en la unidad del pueblo con Dios, en la alianza con El, el pueblo encuentra aquella unidad entre sus miembros que lo hacen ser pueblo.

3a. proposición: El Dios que ofrece a Israel su alianza, no es solamente el Dios de un pueblo, sino el Dios a quien todo pertenece, el Dios del cielo y de la tierra.

Solamente con esta conciencia —que el Dios de Israel no es sólo el Dios de un pueblo, sino el único y verdadero Dios, Aquél a quien pertenece toda la historia y por lo tanto toda la humanidad— sólo con esta conciencia, la idea de una historia mundial y de una historia de la humanidad puede llegar a ser real. Si el Dios del cielo y de la tierra se manifiesta a UN pueblo, entonses surge inmediatamente la pregunta: ¿qué significa esto para el conjunto de los pueblos?, ¿qué significa esto para toda la humanidad?. Hemos escuchado la respuesta en aquella antigua palabra sobre la revelación de Dios a Israel: Israel llega a ser propiedad particular de Dios entre los pueblos, llega a ser su pueblo sacerdotal. Es la tarea de Israel hacer conocer el nombre de Dios con Dios y mantiene en esto su unidad étnica, entonces se mantiene vivo en el mundo el testimonio del poder, la fidelidad y la grandeza de este Dios. Este hecho nos hace dar de inmediato una primera mirada a la oración sacerdotal de Jesús, donde la unidad de los suyos aparece como El testimonio de que El es enviado por el Padre.

4a. proposición: La Ley de Dios para la alianza con su pueblo comprende dos pedidos fundamentales de la misma importancia: a) No tengan otro Dios! b) Compórtense los unos con los otros con esa misma fidelidad y honestidad, tengan entre ustedes los mismos sentimientos de la alianza que esperan de Dios y de la cual son deudores a Dios!

Los diez mandamientos de Dios que están escritos en las dos tablas de la Ley (Ex 20,1-21; Deut 5, 6-22), no sólo significan la consecuencia inmediata del ofrecimiento de la alianza por parte de Dios: su estructura y su contenido fundamental son también la espina dorsal de toda la religión y la historia de Israel.

Dios obra, Dios se dirige al pueblo. Sólo si este pueblo no tiene otro Dios (1er. mandamiento), sólo si consciente de la cercanía y poder de este Dios, santifica su nombre (2o. mandamiento), sólo si no considera absoluta la propia obra sino estima mayormente la obra de Dios y dedica, por lo tanto, tiempo para este Dios, para hacer fiesta comunitariamente delante de El (3er. Mandamiento), sólo entonces este Dios puede manifestarse en la vida del pueblo. Pero esto tiene consecuencias imprescindibles para la manera de vivir de este pueblo, para el modo con el cual sus miembros se tratan mutuamente. Es necesario honrar a los padres, no solo por un afecto humano sino porque, en el continuarse de las generaciones, florece el fruto prometido por Dios. La alianza pactada al co-

mienzo se perpetúa en la historia del pueblo de generación en generación. Por esto, la fidelidad a los padres y a la tradición es al mismo tiempo la clave para un futuro feliz (4o. mandamiento). Si Dios ha constituido y salvado la vida del pueblo, entonces la vida de cada miembro del pueblo es inviolable y no puede ser cancelada arbitrariamente (5o. mandamiento). Si Dios mantiene con fidelidad la alianza con su pueblo, entonces la alianza entre los hombres, el matrimonio, DEBE ser sagrado (6o. mandamiento). Si Dios da al pueblo las cosas necesarias para su vida y le prepara un tierra donde mana leche y miel, entonces los miembros del pueblo deben respetar y conservar los unos los bienes de los otros (7o. mandamiento). Si nosotros podemos abandonarnos a la palabra de Dios, entonces debemos poder abandonarnos también a la veracidad de la palabra que decimos los unos sobre los otros y los unos a los otros (8o. mandamiento). Esta actitud debe estar enraizada dentro. Es muy poco evitar solamente las roturas externas de este orden; debe ser vivido interiormente para poder imponerse exteriormente y llegar a ser un testimonio delante del mundo (9º y 10º mandamientos).

La inseparabilidad entre la relación vertical con Dios y la horizontal entre los hombres es la NOTA fundamental de la ética veterotestamentaria. La doble respuesta de Jesús sobre cuál es el mandamiento más importante (cfr. Mc 12,28-34) la pone de relieve claramente, poniendo en relación la Palabra sobre el amor de Dios (Deut 6,4 s), con la del amor al prójimo (1ev. 19,18). Pero ya el profeta Miqueas encuentra para aquello que está en el corazón de todos los profetas una fórmula clásica: no la abundancia de sacrificios exteriores reconcilia a Dios con el pueblo que ha abandonado la alianza, sino la reflexión sobre el núcleo central, y este núcleo central comprende la justa relación con Dios y de igual manera, más aún, primariamente, el sentido fraterno: "Hombre, se te ha enseñado aquello que es bueno y aquello que pide el Señor de ti: practicar la justicia, amar la piedad, caminar humildemente con tu Dios" (Miq 6,8).

Quisiera todavía subrayar que no basta decir que el amor a Dios y el amor al prójimo son el centro de la ética de la antigua alianza. Aún siendo esto verdadero, la relación entre estos dos amores está fundada en el motivo predominante, es decir en la alianza misma. En la alianza, en esta fidelidad recíproca que genera la unidad entre los miembros de este pueblo para que ello demuestre con seguridad su unidad también en su obrar en la historia, y que Dios mismo se manifieste en esta unidad. Con lo cual se confirma que el motivo conductor de la historia de Dios con el pueblo de Israel es la unidad.

Una última observación sobre esto: también la dimensión exterior de esta unidad —Israel como signo de Dios en la humanidad, y como comienzo de una nueva unidad de toda la humanidad— se expresa en el anuncio profético. Baste aquí mencionar la visión de Jerusalén como centro del Reino mesiánico que une todos los pueblos, como nos la transmiten, de modo casi idéntico, Isaías (2, 1-5) y Miqueas (4, 1-3).

2. El Mensaje Gozoso sobre la Creación: Mensaje de Unidad

El Antiguo Testamento no comienza con la historia del ofrecimiento

de la alianza a Moisés, o con la llamada a Moisés para conducir a su pueblo desde la cautividad de Egipto a la Tierra prometida. No comienza siquiera con el acto de obediencia de Abraham que ha dado inicio a la historia del pueblo, sino empieza justamente con aquello que aconteció al principio: con la creación. Pero, ¿por qué la historia de la creación entra en la Torá y por lo tanto en la Ley de la alianza del pueblo de Israel? Nos hemos ya referido al motivo: el Dios que ofrece a Israel su alianza es el creador del cielo y de la tierra. La creación es, por así decirlo, la prehistoria de la alianza establecida por Dios con Israel. Aquello que Dios obra en Israel y aquello que Dios pide a Israel, no es algo que está separado del mundo y de la humanidad, los cuales existirían independientemente de aquello, sino que la historia del mundo y de la humanidad converge hacia esta historia de la alianza.

Debemos limitarnos a breves referencias para demostrar que el mensaje sobre la creación es un mensaje sobre la unidad.

a) *La posición del hombre.*

El primer relato de la creación (Gen 1,1-2,4a) nos muestra al hombre no sólo como plenitud de la creación, sino también como el punto de contacto de ella con Dios: el hombre es creado a imagen de Dios, ejerce el dominio de Dios sobre el mundo, y por ende, en él toma forma la unidad de la creación en su tender hacia Dios (cfr. especialmente Gen 1,26-29). El poder del hombre, conferido por Dios, de dar un nombre a las creaturas, un nombre que centre verdaderamente su ser (Gen 2,19 s), confirma lo mismo: en el hombre, la creación, que recibió el ser por la Palabra de Dios, encuentra su palabra.

Pero no basta que el hombre individualmente sea imagen de Dios. El hombre debe poder encontrar, en el interior de la creación, alguien igual a sí. El diálogo con Dios abre el diálogo entre hombre y hombre. La dimensión vertical y la horizontal se completan mutuamente. En el primer relato de la creación encontramos al hombre inmediatamente, y desde el principio, como varón y mujer (cfr. Gen 1,27); en el segundo relato de la creación, la mujer se convierte en un don de Dios hacia el anhelo del varón orientado hacia la completa plenitud. El Yo y el Tú se encuentran, y adviene una nueva unidad: el Nosotros (cfr. Gen 2,20-24). Pero tal unidad, desde el principio, no es solamente la experiencia de un presente que da la plenitud, sino también llamada hacia un futuro abierto: del hombre y la mujer, de su unidad, florece la unidad del género humano (cfr. Gen 1,28).

b) *El pecado: ruptura de la unidad.*

De un modo todavía más evidente del que surge en la creación, es en el pecado original donde se manifiesta el ligamen entre la unidad del hombre con Dios y la unidad de los hombres entre sí.

Aun cuando no está en la intención del relato bíblico subrayar esto, podemos advertir que ya en el pecado de los primeros hombres, en la primera y elemental desobediencia del hombre a Dios, también la unidad entre los hombres es herida. El hombre, que en su desnudez siente vergüenza de sí mismo, que se encuentra reenviado a su propia soledad, cuando es interpelado por Dios acusa a la mujer de haberle dado de

comer el fruto prohibido (Gen 3, 11ss). *Allí donde se rompe la relación simple, inmediata con Dios, se rompe también algo entre hombre y hombre.* El hombre que quiere ser igual a Dios, se confronta al mismo tiempo con su prójimo y la comunión se rompe, la unidad no es más un hecho natural sino que se transforma en un problema.

¿Cómo te ve Dios a tí? ¿Cómo me ve a mí? La envidia del hombre lleva al asesinato del hermano: Caín y Abel (Gen 4,1-16).

Y finalmente, la historia de los orígenes de la humanidad no nos presenta solamente la unidad rota entre los hombres, sino además las terribles consecuencias de una falsa unidad: la alianza de la soberbia erige en la torre de Babel su monumento propio, y se rompe; las lenguas de los pueblos se confunden, los unos llegan a ser extraños para los otros (Gen 11,1-9).

Aquí hemos llegado al momento en el que Dios comienza su nueva historia hacia la unidad, con la llamada de Abraham (Gen 12). Esta historia que va adelante junto con la historia de la división, conduce hacia Aquél en el cual la nueva unidad universal es realizada por Dios mismo: a Jesucristo.

3. El Mensaje de Jesús: Mensaje de Unidad

Jesús aparece y anuncia: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en el Evangelio" (Mc 1,15). No hay modo más conciso de resumir el mensaje de Jesús como este versículo del Evangelio de San Marcos. El contenido de su predicación es el señorío de Dios, el Reino de Dios. ¿Qué quiere decir? Dios se dirige al hombre, Dios vuelve a acercarse al hombre, Dios interviene en la historia de la humanidad que se ha alejado de El. El camino es ciertamente el "sí" que cada uno dice en la fe, la personal apertura al mensaje de salvación traído por Jesús. Pero este mensaje está dirigido a todos. Y lo que Jesús anuncia, no es sólo una experiencia de salvación y una promesa de salvación individual, a la cual luego se agrega la enseñanza acerca del comportamiento de unos hacia otros. No, la historia, el mundo, el tiempo, la comunidad cambian, porque Dios anuncia públicamente, en Jesús, esta nueva cercanía suya. Un reino siempre es algo que supera el plano de lo meramente individual, es algo social; un reino tiene vida sólo en la comunidad. Así el mensaje de conversión que trae Jesús es ofrecido ante todo al pueblo de Israel; pero no habiendo éste aceptado, inmediatamente y como pueblo entero, esta invitación, la alianza supera los límites del pueblo de Israel y es reunido el nuevo pueblo de Dios, integrado por gente de todos los pueblos. Las primeras historias que nos son relatadas luego del Sermón de la montaña en Mateo, y que tienen, podría decirse, un sentido programático para la vida pública de Jesús, indican la dirección de la nueva unidad; el leproso que hasta entonces era marginado, con su curación viene a formar parte nuevamente de la comunidad del pueblo (Mt 8,1-4); la fe del centurión pagano demuestra que Dios llama a su Reino a hombres de otros pueblos, hombres de cada confín de la tierra (Mt 8,5-13).

Incluso la misma vocación de seguir a Jesús tiene desde el principio dos aspectos inseparables: cada uno es llamado a una decisión insusti-

tuible, personal, por Jesús; pero este "seguimiento" lo hace entrar en la comunidad de los discípulos. Dejar todo, poner todo a disposición de Jesús para el Reino de Dios, es ciertamente la condición. Pero la inevitable consecuencia es el servicio recíproco, posponer las propias exigencias y las expectativas de privilegios (cfr. Mc 9,33-37; 10,35-45).

Finalmente, Jesús elige del grupo de los discípulos a los doce. Son la cabeza de la estirpe del nuevo y universal pueblo de Dios. Al reino corresponde el pueblo, la comunión en la misma misión (Mc 3,13-19). El mandato de los doce (Lc 9,1-6) es retomado con el mandato de los otros setenta y dos discípulos (Lc 10,1-6) que van de dos en dos, es decir, en comunidad.

La unidad no es por lo tanto en primer lugar un contenido particular de la predicación de Jesús, sino el tema fundamental: Reino de Dios. Y que la unidad sea el centro de todo, lo confirma la constitución del colegio de los apóstoles como comienzo del nuevo pueblo de Dios, y el encargo que Jesús dio a los discípulos, justamente como discípulos, y a los apóstoles, justamente como apóstoles, esto es: ser comunión, crear la comunidad.

Si luego Juan, nos presenta a Jesús como el Pastor Divino en el cual Yahvé está presente como Pastor de su pueblo (Jn 10, particularmente 10,16; también 11,52), y deja el mandamiento nuevo del amor recíproco como la Carta Magna del ser discípulos de Jesús (Jn 13,31-35), con esto él condensa y resume solamente cuanto presentaba ya la tradición de los Evangelios sinópticos.

4. El Misterio de Jesús: Misterio de Unidad

En modo más profundo aún que el anuncio de Jesús y que su actuar, el misterio de su misma persona nos hace comprender que la historia de Dios con el hombre es historia de unidad.

Justamente ahí donde Jesús aclara a sus discípulos que su Espíritu es espíritu de servicio, él habla del misterio de su pasión y la interpreta refiriéndose al cuarto cántico del Siervo de Dios en el Deutero-Isaías (Mc 10,45; Is 53,10-12): el servicio de Jesús es dar la vida en rescate por muchos. Los relatos de la última Cena, en los Evangelios y en Pablo, el mensaje entero de Pablo sobre la muerte de Jesús, la visión de Juan sobre la cruz, desembocan en esto: que la muerte de Jesús da inicio al nuevo pueblo de Dios, aún más, a la nueva humanidad; porque Jesús en su obediencia al Padre, toma sobre sí, expiando, el peso de todos los hombres, las culpas de la humanidad toda. En el canto de los veinticuatro venerables ancianos delante del Cordero, en el Apocalipsis de Juan, la línea de la historia salvífica que culmina con la muerte y resurrección de Jesús, es resumida y relacionada con el punto de partida de nuestras consideraciones: el ofrecimiento de la alianza de parte de Dios, mediante Moisés: "Tú eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes, y reinan sobre la tierra" (Ap 5,9 s).

En su muerte, Jesús sufrió la muerte de todos los hombres; en Él, crucificado y resucitado, encontramos a Dios, nos encontramos a nosotros

mismos y al mismo tiempo encontramos a todos los hombres. Porque la suerte de todos fue hecha suya en cierto modo por El, como dice el Concilio Vaticano II (G.S. 22). La historia de la humanidad no está dispersa en un determinado número de recuerdos que en parte se entrecruzan pero que en su conjunto están desarticulados; existe una unidad de esta historia de la humanidad: y es en el Crucificado que la unidad ha asumido en sí toda la historia. Y esta unidad permanece viva, porque el Crucificado, el Abandonado, la introduce en su resurrección, en su vida eterna junto al Padre. Jesús es la historia de Dios con los hombres. El es la unidad de todos los hombres con Dios y entre ellos. En Jesús se cumple, y es superado, lo referido en el cántico del Deutero-Isaías: Dios lo llama para ser "alianza del pueblo y luz de las naciones" (Is 42,6b).

Jesús no es solamente un hombre llamado por Dios para llevar el peso de los otros, sino Aquél en el cual Dios mismo ha entrado en nuestra humanidad, para hacerse hombre y asumir, en la humanidad por El asumida, la humanidad de todos nosotros. Verdaderamente, El es la alianza entre Dios y los hombres y la alianza de todos los hombres entre sí en su persona. Así lo entiende ya Pablo, repitiendo siempre de nuevo que Dios ha donado a su Hijo, que el Hijo de Dios se ha donado por nosotros (Rom 8,32; 5,8; Gal 2,20).

Si es así, nuestra tesis adquiere una nueva profundidad y una nueva seriedad: la historia de Dios con la humanidad encuentra su puesto, mediante Jesucristo, en la vida íntima de Dios mismo.

5. Las Consecuencias: la Humanidad Aprende a Vivir su Nueva Unidad en Jesucristo

Si Jesucristo ha unido a todos los hombres en sí, entonces esta unidad debe tomar forma entre los hombres. El único que puede obrar esto es el Espíritu que habita en Jesús. El une al Hijo con el Padre. En la fuerza de este Espíritu, el Hijo se encarna y lleva a cabo la obra de la redención. Este Espíritu es comunicado por el Resucitado a su Iglesia (Jn 22,22; Hch 2,1-3). El descenso del Espíritu Santo sobre la comunidad de los discípulos no puede ser testimoniado más clara y fuertemente que con el milagro de Pentecostés, donde las muchas lenguas dispersas nuevamente se unen, son comprensibles de nuevo las unas para las otras. La confusión de las lenguas en Babel es anulada.

Y el Espíritu forma un único Cuerpo de aquéllos que creen en Jesucristo y se hacen bautizar en El: el Cuerpo de Cristo, del cual todos son miembros y en el cual se completan recíprocamente a través de múltiples dones: la Iglesia se hace Cuerpo de Cristo (1 Cor 12; Ef 4,7-16). La misión de Jesús tiene como fin el llamar a todos los pueblos a formar parte de este Cuerpo de Cristo, de este nuevo pueblo de Dios (Mt 28, 16-20). La historia de la humanidad se transforma en historia con Jesucristo, historia de Jesucristo EN los hombres.

Este es incluso el pensamiento fundamental de la Carta de los Efesios. En Jesucristo se manifiesta el designio salvífico de Dios, que desde la eternidad estaba escondido en El: conducir todo a la unidad, recapitular todo bajo una única cabeza (especialmente Ef 1,10). Esta unidad en Cristo, luego, se manifiesta en el mundo, se realiza en la historia a través

de la Iglesia. Es el signo luminoso de la plenitud de los tiempos que llegó en Jesucristo, uniendo hebreos y paganos, es decir, a hombres no sólo de diferentes culturas sino también de distintas proveniencias religiosas, y que vive ahora entre ellos la paz que está en Jesucristo (especialmente Ef 2,11-22). Todas las exhortaciones que de aquí provienen para la vida cristiana se pueden resumir en ésta: vivan la unidad que les ha sido donada en Cristo, concrétenla en su relación recíproca (Ef 4ss).

La Jerusalén celestial, la nueva ciudad que según el testimonio del Apocalipsis de Juan es el punto de llegada de la historia, capta la misma realidad en modo diverso, en la perspectiva del futuro: todo una única ciudad, todo camino de los unos hacia los otros, todo templo en el cual habita Dios y del cual El y el Cordero con la luz (Ap 21 y 22).

6. La Realidad más Intima y más Externa

Queda una sola pregunta, que es sin embargo la más profunda: ¿Por qué precisamente es la unidad la palabra clave de la historia de Dios con los hombres? ¿Por qué Dios desea no sólo la unidad de cada hombre con El sino también la unidad de los hombres entre sí?

La respuesta es El mismo en su misterio más íntimo: El es el único Dios en tres Personas. La comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo es la imagen del Dios de la Revelación, y no un Dios solitario, absoluto. El misterio íntimo de Dios es unidad, unidad de donación recíproca y amor de Padre e Hijo en el Espíritu. Si Dios, como amor que se dona a sí mismo, es unidad, y como unidad es amor que se dona a sí mismo, entonces está en la lógica de esta unidad y de este amor el que su designio sobre la creación, sobre la humanidad, se cumpla en todo lo que Jesús ha pedido al Padre en la oración sacerdotal: "Para que todos sean una sola cosa. Como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, sean también ellos en nosotros una sola cosa, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que tú me has dado, yo la he dado a ellos para que sean como nosotros una sola cosa. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí" (Jn 17,21-23).

Una última observación: ¿Cómo podemos encaminarnos hacia esta unidad? Ciertamente sólo por el camino que Dios mismo ha recorrido: el camino que Jesús ha delineado para nosotros con su vida y con su mensaje: seguirlo a El, elegirlo a El, vivir según su palabra —donación en el espíritu de servicio, amor recíproco hasta el fin — participación en la obediencia de Jesús hasta la muerte en la cruz — vida con el Señor Resucitado presente en medio de nosotros.